

La palabra
contracultura
como para qu
los sesenta. V

Lectura: 14. José Agustín, [1991], "Avándaro", en *La contracultura en México. La historia y el significado de los rebeldes sin causa, los jipitecas, los punks y las bandas*, México: Editorial Grijalbo, pp. 85-90

clases de ondas: las ondas materiales, que se propagan por vibraciones de la materia, y las *ondas electromagnéticas*, debidas a la vibración de un campo electromagnético, fuera de todo soporte material. Entre las primeras se pueden señalar a las *ondas sonoras*. Entre las segundas, están las ondas ultravioleta, la luz visible, los rayos infrarrojos y las ondas radioeléctricas."

Un jipiteca diría algo parecido: hay varias ondas, son las ondas dentro de la misma onda; algunas son materiales ("pásame esa onda") pero otras son intangibles (la Onda); en todo caso, para los chavos mexicanos de los años sesenta la onda fue energía intangible pero medible que funcionaba esencialmente como vía de comunicación, de interrelación que hermanaba. Por otra parte, una onda podía ser cualquier cosa, pero también un plan por realizar, un proyecto, una aventura, un estado de ánimo, una pose, un estilo, una manera de pensar e incluso una concepción del mundo. Pero agarrar la onda era sintonizarse con la frecuencia adecuada en la manera de ser, de hablar, de vestir, de comportarse ante los demás: era viajar con hongos o LSD, fumar mota y tomar cervezas; era entender, captar bien la realidad, no sólo la apariencia, llegar al meollo de los asuntos y no quedarse en la superficie; era amar el amor, la paz y la naturaleza, rechazar los valores desgastados y la hipocresía del sistema, que se condensaba en lo "fresa", la antítesis de la buena onda.

Los chavos de la onda siguieron siendo perseguidos, golpeados y encarcelados, porque nunca hubo un movimiento articulado que permitiera la cohesión de tanto joven y la defensa de sus derechos. Más o menos pudieron sentir su peso colectivo en septiembre de 1970 cuando jipitecas y onderos de todas partes se congregaron en Oaxaca para presenciar un eclipse solar total. El sitio perfecto de observación era Miahuatlán y allí se instalaron los equipos científicos, pero el personal de la onda se dispersó por los puertos del Pacífico o fue a Monte Albán, pues el eclipse fue visible en una buena franja del estado de Oaxaca. En los distintos sitios se llevaron a cabo todo tipo de

o-acuarianos, y fue alto el consumo de alucinógenos
se hasta la madre". Así ocurrió, en medio del estrépito
pués los más de cien mil macizos regresaron mu
casas.

Avándaro

En 1971 tuvo lugar el Woodstock mexicano, el festival "de rock y ruedas" en Avándaro. El Festival de Avándaro fue organizado por Eduardo López Negrete, Luis de Llano y otros jóvenes de mucho dinero que lograron la autorización de Carlos Hank González, ex gobernador del Estado de México, para llevar a cabo un día y una noche de grupos de rock que culminarían con una sesión de ¡carrera de coches! Para Gengis Hank aprobar la realización del festival fue un arriesgado juego político, pero llevaba las de ganar; si todo salía bien él saldría beneficiado; si salía mal, podía deslindarse; pero en cualquiera de los casos atraería la atención nacional hacia él, además de que tendría una especie de censo para saber qué tanto había crecido la inconformidad juvenil. Sólo en el caso de una catástrofe sangrienta Hank saldría perjudicado.

Los grandes grupos de rock, como Javier Bátiz y Love Army, se negaron a participar desde un principio porque los organizadores ofrecían a todos la ridícula cantidad de tres mil pesos de honorarios, menos de los que ganaban en cualquier tocada. Sin embargo, al final lamentaron no haber ido, como le ocurrió, toda proporción guardada a los Beatles y a los Stones por no asistir a Woodstock. Los primeros en llegar a Avándaro fueron los rocanroleros que sí aceptaron participar y que de entrada protestaron por las pésimas condiciones de trabajo y el trato prepotente de los jóvenes ejecutivos del rock, que a las quejas y peticiones delicadamente respondían "si no te gusta, lárgate" o "te vas mucho a la fregada"; los organizadores creían que le hacían un inmenso favor a los grupos al permitirles tocar, ya que la noticia del festival había relampagueado entre los chavos y se esperaba una asistencia enorme, además de que las sesiones se transmitirían por radio, se grabarían en audio para producir un disco y en video para la

televisión, y se filmarían para el cine (Jorge Fons, Jaime Humberto Hermosillo y el superochoero Alfredo Gurrola a la cabeza de sendos equipos cinematográficos).

La gente llegó en proporciones inimaginables; eran jóvenes de todas las clases sociales, especialmente de la capital, congregados por la misma necesidad dionisiaca, listos para el inmenso pachangón que sería el festival. Al caer la tarde ya había más de cien mil asistentes. Poco después, un par de grupos echó la paloma para calentar al público, y al caer la noche el festival se inició "formalmente" con los Dug Dugs de Armando Nava, tensos aún por los problemas con los jóvenes patronos. Los Dugs descubrieron, por fortuna, que la gente respondía y que había muchas ganas de pasarla bien.

Para esas alturas, casi todos los asistentes habían consumido fuertes cantidades de distintas drogas: alucinógenas (mariguana, LSD, hongos, peyote, silocibina, mescalina), estimulantes (alcohol, cocaína y anfetaminas) y depresivas, como los barbitúricos, aunque algunos también inhalaban solventes (cemento, tiner), pero, a fin de cuentas, la marihuana y el alcohol fueron las drogas más consumidas, seguidas por las anfetaminas. Con todo, los muchachos lograron hermanarse, y en general se puede afirmar que el festival, como debía de ser, representó una fiesta dionisiaca notablemente inofensiva, si se toma en cuenta la ingestión de tanta droga y la disminución de la conciencia individual que ocurre en toda congregación de masas.

En realidad, todo habría estado muy bien de no haber sido por la pésima organización y el flagrante autoritarismo que se tradujo en numerosos problemas: fallas de los instrumentos, de amplificadores, de los micrófonos y de las bocinas. Esto se unió al hecho de que se planeó muy mal el espacio para el público: los que no podían ver bien, que eran muchos, empujaban a los de adelante y acabaron derribando las cercas que protegían el escenario; claro, las incomodidades menudearon. Además, una bola de locos tomó por asalto las torres de alta tensión, a pesar de la obvia peligrosidad, y no bajó de allí por más insistencias, primero, y amenazas, después. "Si no se bajan de las torres", gritaba frenético un animador, "vamos a suspender el festival." Ante esto, los que sí veían bien se pusieron furiosos: cómo de que iban a parar todo si estaba tan padre. Empezaron

los chiflidos, las mentadas de madre, y una lata salió volando hacia el escenario y le abrió la cabeza al requinto de White Ink.

Sin embargo, los grupos, con fallas y todo, pudieron tocarle a un público que constituía un formidable espectáculo en sí mismo. El Epílogo y la División del Norte precedieron a los Tequila, que prendió fuerte al personal. Peace and Love, por consenso general, fue de lo mejor del festival. Pero las fallas de equipo arreciaron con El Ritual y un cortocircuito trajo la oscuridad total cuando tocaban los Yaqui. Fuera del relajo inevitable, y de que algunos pasados se caían en las infectas zanjas que hacían de "sanitarios", el festival siguió con luces de emergencia y con toda la gente en la cúspide de la intoxicación.

A las dos de la mañana el espectáculo lo dio una jovencita que, en una plataforma, se quitó la ropa al bailar, "¡mira, hijo, una encuerada!", dijeron todos, y los reflectores la encontraron. "¡Déjenla, déjenla!", se oía por doquier. "¿Andabas pacheca cuando te encueraste en Avándaro?", le preguntó, después, la revista *Piedra Rodante*. "No sabes, maestro", contestó la chava, Alma Rosa González, entonces de dieciséis años. "Unos chavos primero me pasaron el huato de pastas. A mí no me gustan esas madres, pero, como no había otra cosa, me las empujé con media botella de Presidente. Uy, me puse hasta el gorro bien rápido. Luego me dijeron que unos tiras andaban rolando pitos, y de volada les pedimos. Me puse hasta la madre, loquísima, tú sabes, bien cruzada. Creo que me puse a bailar cuando se puso a tocar El Epílogo. No me dejé ni pantaleta ni nada, todita me desnudé. Uta, luego luego me llovieron los toques, hasta me aventaron un aceite, un purple haze. Pero no le llegué. También estaba allí el apoderado de Manolo Martínez y traía un garrafón de tequila chanchísimo, y me lo estaba pasando, así es que me puse todavía más loca." "¿Chupas mucho?" "Nel, no me gusta empedarme, pero esa vez sí tomé muchísimo." "¿En verdad eres muy maciza?" "Simón. Por lo regular ando bien pastel." "¿Qué otras cosas te has metido?" "De tocho cuate, de tocho, menos hongos. Fíjate que una vez me dieron un arponazo, pero nel, guacarié todo el día."

Llovió en la madrugada y así continuó hasta el amanecer, cuando tocaba El Amor. A las ocho, para terminar, porque todo el equipo de sonido se derrumbó media hora después, Three Souls in my

Mind logró el milagro de revivir y reencender a la muchedumbre, más de doscientos mil asistentes. A pesar de la lluvia, las fallas y la organización, todos los viajes aterrizaron y el público acabó de lo más contento. Habían vivido un milagro. Muchos de los jóvenes recorrieron más de setenta kilómetros a pie cantando, por todo el camino, "mari... mari-gua-na, mari... mari-guaaaa-na".

Al día siguiente la prensa al unísono condenó al Festival de Avándaro en tonos escandalizados. Se dijo que fue "una colossal orgía". "4 muertos", publicó *El Heraldo de México*, "224 casos de intoxicados, quemados, atropellados, fracturados y heridos; casas, autos y tiendas asaltadas; la destrucción de árboles, sembradíos y líneas telefónicas es el saldo del festival." En realidad los muertos fallecieron lejos de allí, sin la más mínima relación con el festival, y no hubo robos, ni asaltos, ni pleitos, ni devastación más allá de la basura que dejaron los participantes. En cambio, días después, en las fiestas patrias del 15 de septiembre, según cifras oficiales, hubo veintiún muertos, seiscientos sesenta y cinco heridos y doscientos setenta y cinco arrestados, cuando en Avándaro, con todo y el impresionante consumo de droga, de la natación al desnudo y la liberalidad moral, no hubo muertos, heridos o arrestados, y allí estuvieron todo el tiempo el ejército y la Policía Judicial Federal. Sin embargo, mientras los muchachos se enorgullecían de su civilidad, Avándaro unió a México en su contra. Funcionarios, empresarios, comerciantes, profesionistas, asociaciones civiles y medios de difusión, además de las izquierdas y los intelectuales, condenaron a los chavos que compartieron la noche de su vida.

El que no se midió fue Carlos Monsiváis, quien, desde Essex, Inglaterra, envió una indignada carta al periódico *Excelsior*: "Las mismas gentes que no protestaron por el 10 de junio enloquecidas porque se sentían gringos... Si lo que nos une es el deseo de ser extranjeros estamos viviendo en el aire. ¿Qué es la Nación de Avándaro? Grupos que cantan, en un idioma que no es el suyo, canciones inocuas... Pelo largo y astrología, pero no lecturas y confrontación crítica... Es uno de los grandes momentos del colonialismo mental en el Tercer Mundo." Además de la intolerancia, la reducción de un fenómeno complejo a un mero mimetismo desnacionalizador reflejaba

que Monsiváis se quedaba en la fachada y no podía ver, como antes los izquierdistas, que Avándaro no fue un acto de acarreados para echarle porras al gobierno o al MURO, sino una impresionante, significativa, manifestación de contracultura que, naturalmente, tuvo repercusiones políticas; tan fue así que se le satanizó al instante y el gobierno apretó la represión contra todo tipo de evento rocanrolero; a partir de ese momento hubo numerosas ocasiones en las que los granaderos o el ejército tendieron trampas a los chavos que iban a conciertos de rock que nunca se realizaron. Acusar, además, a los chavos de la onda de "sentirse gringos" y de "desear ser extranjeros" era como cuando se decía que los viejos comunistas mexicanos se sentían rusos y "deseaban ser extranjeros". Por si fuera poco, quizá más para mal que para bien, Avándaro fue mexicanísimo: no sólo ondeó una bandera nacional (que en vez del águila y la serpiente tenía un signo de la paz), sino que allí hicieron su aparición los chavos que después el mismo Monsiváis, en un arranque de inspiración, llamó "la naquiza", quienes echaron un tipo de relajo que jamás podría tener lugar en Estados Unidos. Eran chavos morenos que con el pelo largo parecían indios con todas las de la ley. "Recuerdo una fotografía aparecida en *Piedra Rodante*", escribió Enrique Marroquín, "un verdadero indio, de tórax moreno y larga cabellera, sobre un caballo. Esto fue Avándaro... Recordemos los festivales aztecas en las explanadas de las pirámides, en los que miles de asistentes cantaban y danzaban." Monsiváis, en cambio, veía La Gran Desnacionalización. Don Carlos volvió al tema en su libro *Amor perdido* y, al igual que en su parte de la *Historia general de México*, matices más matices menos, de nuevo descalificó a la onda por desnacionalizada, imitativa y apolítica. Qué país.

Si se permitió el festival para medir la fuerza de la contracultura en nuestro país, los resultados no gustaron a nadie, y el sistema se cerró más que nunca para impedir que prosperaran los movimientos contraculturales. La onda fue satanizada a tal punto que los jóvenes de clase media desertaron de ella y al final sólo los más pobres y marginados continuaron dándose el toque (que después fue reemplazado por cemento, tiner y alcohol), siempre fieles al rock mexicano, que también se marginó a extremos increíbles: se le cerraron las grabadoras,

la radio, la televisión y la gran prensa, que cuando hablaba de los roqueros mexicanos lo hacía con un horrendo tono despreciativo. Como no había nada mejor, todos los grupos se tuvieron que recluir en los hoyos fonquis, que funcionaron a lo largo de los setenta. Eran galerones en desuso o teatros que pedían a gritos una manita de gato y que muchas veces no tenían ni las mínimas condiciones de higiene y consideración al público. Los empresarios por supuesto cobraban lo más que podían y pagaban una miseria, además de que los judiciales siempre andaban listos para el atraco. De cualquier manera, los chavos se hacinaban allí, como el metro en la estación Pino Suárez a horas pico; algunos trataban de bailar pero todo era tan incómodo que se armaban desmadres de proporciones gigantescas. Los asistentes eran muchachos de los barrios más pobres de una ciudad de México que crecía demencialmente.

Todo esto acabó con la onda. Con el derrumbe de los mitos de convergencia, a mediados de la década el panorama cambiaría y los nuevos signos de los tiempos resultarían mucho más escalofriantes. Pero mientras duró naturalmente fue muy buena onda, y hubo muchos que la vivieron a fondo, a veces con todo y su viaje lateral a las cárceles.

Siquiatría sicodélica

Pero antes, los alucinógenos hicieron famoso a un siquiatra. Entre 1968 y 1972, Salvador Roquet tuvo un gran éxito con sus terapias sicodélicas que atrajeron a muchos jipis-al-borde-del-truene, a gente rica y a actrices de moda. Roquet tenía cerca de cincuenta años cuando vivió el estrellato sicodélico. Después de sus años de práctica siquiátrica se coló en el gobierno y era alto funcionario del ISSSTE cuando, como a Ken Kesey, le avisaron que podía enrolarse como voluntario para experimentar drogas alucinogénicas en el sanatorio siquiátrico Ramírez Moreno. Roquet lo hizo y la experiencia resultó crucial. "Estoy sintiendo la añoranza de lo no vivido", se dio cuenta durante el viaje. Por supuesto, la cuestión alucinogénica lo apasionó. Leyó *Los hongos alucinógenos*, de Roger Heim, y eso lo hizo visitar Huautla y

formar un grupo de investigadores para estudiar los hongos. Según Roquet, entre los logros del grupo se contó el hallazgo de las semillas *popus yai*, que suspenden los efectos sicóticos de las plantas de poder y que después fueron empleadas con éxito por Francisco Rullón, en Tabasco, para contrarrestar la esquizofrenia. Roquet aseguraba que le impresionaron especialmente las semillas de la *datura ceratocaulum* (*manchu pai* en mixe), hermanas de la *datura inoxia* o toloache. El efecto de esta planta es mucho más fuerte que el del ololiuhqui, y en viaje desintegra la personalidad y luego la rehace.

Roquet siguió ese proceso para desarrollar su técnica de la "sicosíntesis", una deformación del principio zen de llevar al discípulo a un estado de absoluta confusión, sin nada en que asirse, para que vacíe su mente y se ilumine. La sicosíntesis consistía en usar LSD, ololiuhqui, peyote, mescalina, hongos, silocibina y ketamina combinados con intensos estímulos para que el paciente "tronara", se volviera loco temporalmente; su mente se desintegraba y después, al recomponerla, se forjaba una personalidad nueva e integrada. Los estímulos en cuestión hacían que las sesiones de Roquet fuera un show sicodélico-tecnológico-conductista-freudiano. Una vez a la semana el siquiatra reunía a cerca de veinte pacientes y les daba distintos alucinógenos; en lo que les prendía el viaje iba induciéndolos con música, luces intermitentes, estroboscopios y proyecciones de transparencias y películas que iban de *Cuando los hijos se van* a pornografía tres equis. Cuando llegaban a lo más alto del viaje los pacientes escuchaban sus propias grabaciones, o les leía cartas íntimas, documentos en los que revelaban sus secretos más dolorosos. También les montaba sicodramas. En todo el viaje, Roquet permanecía distante, sin hacer caso a los loquitos que le pedían ayuda o a las nenas que lo reverenciaban como a Urbain Grandier, Ambrosio, Medardo o Fray Servando. A veces incluso los rechazaba ásperamente. Para que los pacientes en verdad llegaran a la locura, los bombardeaba con transparencias tremendistas, *pre-gore*, y con documentales de atrocidades nazis combinadas con música infernal. También cometía la extrema crueldad de leerles ¡informes presidenciales! Cuando la gente había tronado por completo los ponía a descansar, y después venía la fase final de la reintegración.